



MUERDE ESE FRUTO

Aharon Quincoces



Ediciones Tolstoievski





© Aharon Quincoces Lorén, 2016

© Ediciones Tolstoievski, 2016

C/ Jerusalén, 14, ático

03001 Alicante

www.tolstoievski.com // hola@tolstoievski.com

Primera edición: julio de 2016

Maquetación: Verónica Díez Arias

Imprenta: Quinta Impresión

BIC: FA

ISBN: 978-84-945089-1-2

Depósito legal: A-457-2016





MUERDE ESE FRUTO







1

El principio siempre es arbitrario. Cualquier inicio que no sea el primer el inicio es arbitrario. Sería imposible contar o escribir cualquier historia partiendo desde el primer inicio. Necesitaríamos todas las extensiones necesarias de cada historia antes de que fuese historia para llegar a la nuestra. Cualquier inicio arbitrario es por necesidad *in media res*. Así pues cualquier inicio ha de decidirse. Puede decidirse en modo consciente: el inicio empieza aquí y ahora, poniendo un mojón imaginario que indica el lugar y momento preciso. Puede ocurrir en un modo inconsciente, volviendo atrás en el tiempo e inventando el tiempo del inicio, incluso su espacio. El principio es siempre una ficción. Hasta el primer principio es falso. No había nadie para verlo, menos aún para contarlo.

Decidimos pues que nuestro inicio es este.

El sol entraba por el ventanal del salón y llegaba a la puerta del dormitorio. Poco después la claridad alcanzaba el borde inferior de la cama y andando el tiempo hubiese querido retrepar hasta la cabecera. No le despertó esto. El sol no hizo ningún esfuerzo. Siguió su rutina matinal del mes de mayo en Ciudad, no puso inicio a su jornada.

Hipersensibilidad fotónica selectiva. Hipersensibilidad al estrés pre y post-onírico. Conducta obsesiva por la rutina elaborada. En otras palabras, le molestaba la luz a veces, especialmente por la mañana temprano, le molestaba tanto





que le estropeasen el sueño como levantarse antes de tiempo o demasiado tarde y le gustaba su vida así como era. No era un tipo raro. Tenía sus reglas privadas, sus costumbres. Entre ellas no dormir. No dormir después de ciertas horas y no porque no quisiera, sino porque no podía ir más allá de las diez o diez y media incluso si la noche anterior se había acostado tardísimo. Poco importaba lo que debiese hacer. Lo importante era que antes de que el sol de mayo entrase en el dormitorio él ya estaba despierto.

El sol de mayo es fenomenal.

Ciudad, bañada en oro, ofrecía la sensación de ser una ciudad nueva, distinta de la que es. Una mañana que llenaba de irrazonable optimismo a los ciudadanos, predispuestos a una mayor tolerancia al roce con el prójimo. De todo ello Ciudad ofrecía tal abundancia que la mañana de mayo se agradecía por partida doble. Ciudad, dorada por un día o dos, sosegada por los rayos cósmicos. Y no tenía ninguna sensación negativa. El aire parecía limpio, transparente y suave, dulce, incitante a saltar al vacío y encontrarse abrazado al éter, y después al suelo. Si se hubiese parado a pensarlo... quizá por esto en primavera los suicidios en Ciudad son tantos. Vivía en un quinto, al vecino de enfrente le bastó con un tercero.

En cualquier caso, entre las paradojas de esa jornada espléndida, la cabeza no pesaba con los excesos de vernisash de la noche anterior, pero la boca estaba empastada. El champañ. Se preparó el café del desayuno. Con leche. Azúcar, dos cucharillas. ¿Acompañamiento? No. Luego. En la casa todo estaba en su orden normal, o sea como siempre, o sea, en orden, o sin algún orden, según sea el patrón de cada uno. Todo estaba en el orden perfecto de su vida de soltero.





Dejemos aparte que la soltería a su edad no podría ser considerada normal ni perfecta.

Nadie le esperaba en la redacción antes de mediodía, ya había escrito el artículo, en ocasiones incluso lo escribía antes de acudir al evento, aunque estaba seguro que nadie se habría dado por satisfecho con él. Nadie significa: su jefe. No tenía prisa. Su jefe no estaría satisfecho con el artículo no porque no fuese bueno, o lo bastante bueno, sino por principio. Por la creencia fundamentalista que le dice a un jefe de redacción que ninguna primera versión es buena. Un credo del trabajo. Un mantra sin necesidad de certificación empírica. ¿Importa si es de verdad la primera versión? Lo importante es el principio en sí. Es su primera versión: incorrecta por principio porque todo en su primera versión es incorrecto. Y qué más da. Ya tenía otras dos versiones preparadas, con distintos tonos. Aparte, no escribía para responder a ninguna pregunta fundamental. No era ese el objetivo de la sección. Una mañana sin motivos de preocupación.

Quien trabaja para la redacción de un dominical sabe cuánto debe agitarse por una vernisash. Digamos poco. Digamos casi nunca. Digamos. Digamos que se fue a la ducha después de pasar por el wáter. Y al salir de la ducha se afeitó, se vistió, salió de casa con calma. Calma que venía de saber que llegaría antes de lo debido. Fue fijándose en la gente, en el tiempo, en el brillo de la calle, en sus olores y si bien todo queda registrado para el futuro ya sabía que al llegar a destino no habría habido modo de que diese una imagen de cuanto visto y almacenado. Quizá porque en el fondo no sirve para nada desarchivar lo apenas archivado. A veces estos son los riesgos o los vicios o las costumbres de este trabajo.





Pero eso era entonces. Ahora, que ya no es entonces, podría decir que era una mañana radiante. De mayo. Normal jornada de mayo. De esas que ya de buena hora sabes que tendrán fe a su proceder, a lo establecido en la memoria de los hombres, y eso es mucho porque deja un poso de certeza tal que genera un optimismo desmedido y contagioso. Después del invierno es algo peligroso. Ya se ha dicho, Ciudad paga un tributo muy alto con sus saltadores. Prueba del nueve del optimismo era el desayuno, el de verdad, en el bar de costumbre. El bar Córcholis. La conversación matinal tenía como eje la materia.

El portero bigotudo y patizambo del edificio adyacente sostenía que la materia tenía tres estados. Otro habitual, miope, que trabajaba en un taller cercano, defendía que los estados de la materia eran cuatro. Además de los tres que, decía el portero, eran los únicos, o sea sólido, líquido y gaseoso, había que añadir el estado pastoso. Origen de la discusión: desconocido. Hablando en términos relativos. En términos absolutos la discusión sobre la clasificación de la materia databa de la antigüedad griega, quien sabe si antes más allá de Europa. En términos relativos debía ser mucho más reciente. El señor Joaquín estaba aturdido y a la sospecha de que los estados fuesen realmente tres no encontraba fuerza para la sanción ya que el portero no remataba, ni encontraba la confutación a la objeción, a saber, que pastoso o viscoso, ya que los dos términos se alternaban, no eran desde luego gaseoso, pero tampoco líquido o sólido, con lo cual pastoso o viscoso eran un estado de la materia. La discusión no había alcanzado niveles atómicos por el momento.

La señora Regina le sirvió el desayuno habitual: cortado y donut. Hojeó la prensa en el interludio, consumió y pagó,





deseando buena jornada sin que el debate hubiese progresado.

Miró el reloj. El día era bueno, los taxis iban vacíos, el vestuario se aligeraba, alguna falda, trajes en fresco lana, atrevidos sin calcetines. Los escaparates lucían la colección estival anticipando la visión de los meses venideros, excitando a las compras a quien pudiese comprar. Las agencias de viajes ofrecían paquetes vacacionales y los quioscos exhibían el surtido de preocupaciones y alivios que la prensa nacional podía ofrecer a sus lectores. Como tenía periódico gratis, no lo compró y como lo que dice el periódico en sí poco le importaba, o no trabajaría para un dominical, no compró otro. Cuando compraba prensa era porque la necesitaba: es decir, necesitaba documentarse. Compraba prensa no diaria y sí muy especializada. De otro modo nada. La jornada y el paseo iban refrendando su estado de optimismo. La luz inundaba la perfecta cuadrícula de la ciudad vieja, con su casco remodelado por el tiempo y por el hombre. El edificio menos reciente no pasaba del siglo y medio: edificios altos, coronados por balcones de hierro forjado, cornisas con frisos florales, portones recortados en extrañas aperturas muy caprichosas, ejemplos de una ciudad del pasado más excéntrico, eufórico, inconsciente y pasajero entreverado a construcciones más que sobrias, anónimas, grises, blancas, lisas, rectas. Dibujando un cronograma del remozamiento de Ciudad hubiérase dicho que se preparaba la próxima explosión inmobiliaria. Ciudad tiene fiebre de ladrillo, un síndrome constructor. Entonces y ahora tenía un glamur contenido, reaprovechando lo que había. Una señora de provincias coqueta, con ínfulas. Dando el pego. La luz daba otro aire a la urbe y le llenaba los pulmones





de la vaga sensación del bienestar. En la parte que retrepaba las colinas, cerca del muelle o en las Casas Rojas, probablemente era otro mayo, pero no eran zonas de la ciudad que frecuentase y bajo el influjo de aquella mañana no iba a preguntarse cómo se estaba por allí, en otra Ciudad. Llegó a la redacción. Que nadie espere la algarabía de gritos y agitación que se ve en las series americanas. Eso es sólo producto de la imaginación, de las necesidades del guión y del exceso de ansiolíticos y beta-bloqueantes del que hacen uso los guionistas bajo presión. La verdad es otra, mucho más disciplinada y menos efervescente, mucho más prosaica. El dominical es todavía otra cosa. Sale sólo los domingos. Como no era aún la hora fijada para la reunión del cuerpo de redactores, pasó por su escritorio y realizó las comprobaciones de rutina sobre su agenda, su correo, su secretaría telefónica. Notificaciones de rutina, previsiones de calendario, efemérides cercanas, algún recordatorio privado.

Resumen de la reunión.

Plan de trabajo, bien. Artículos, bien. Lista de las mejoras para cada artículo, el suyo incluido. Redistribución de tiempos y deberes antes del cierre.

Ruegos y preguntas: cero.

Tema del próximo número. Distribución de artículos. Puerta.

—Andrés, ven aquí, tengo que hablar contigo.

—¿Ahora? —no tenía muchas ganas de hablar con el jefe.

—¿A ti qué te parece?

—Vale, dejo esto en mi mesa...

—No, no dejes nada, acompáñame que tengo que salir.

